

Núria Esponellà

TRAS LOS MUROS

Intrigas en un monasterio
benedictino del siglo XII

PREMIO NÉSTOR LUJÁN DE NOVELA HISTÓRICA

Tras los muros



Tras los muros

Núria Esponellà

Premio Néstor Luján
de Novela Histórica 2009

Traducción de
Juan Carlos Gentile Vitale

Rocaeditorial

Título original: *Rere els murs*
© Núria Esponellà, 2009

Primera edición: mayo de 2010

© de la traducción: Juan Carlos Gentile Vitale
© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-9918-144-8
Depósito legal: M. 13.316-2010

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A mi familia.

A la historiadora Sònia Masmartí i Recasens
y al pequeño Martí, que ha vivido los avatares
de esta novela antes de nacer.

Índice

Nota.....	13
Personajes principales.....	15
Plano del monasterio de Sant Pere de Rodes.....	18

PRIMERA PARTE

LA LUCHA POR EL PODER

1. Los dominios	23
2. El huérfano.....	27
3. La llegada del maestro escultor	30
4. La hija del escultor.....	38
5. La amenaza.....	44
6. El deseo oculto	51
7. Sebastià	56
8. La carta pontificia	62
9. Los oprimidos.....	67
10. El incendio.....	74
11. En la cripta	81
12. La hoguera de los vicios.....	86
13. El mercado de Peralada	95
14. El palacio de Empúries.....	109
15. El aprendiz de escultor.....	120
16. El emisario papal.....	125

17.	Peregrinos	132
18.	El rechazo	141
19.	Ademar, la curandera	152

SEGUNDA PARTE

EL TESORO DE RELIQUIAS

20.	El fugitivo.....	165
21.	El amor de Sebastià.....	171
22.	Planes ocultos.....	175
23.	Un viaje inesperado.....	179
24.	La agresión	184
25.	La huida.....	190
26.	Las diablasas	198
27.	La conjura.....	206
28.	Consternación	211
29.	Los funerales	217
30.	La persecución del consejero.....	222
31.	La culminación del deseo	227
32.	La despedida	238
33.	La procesión de la tramontana	246
34.	El duelo.....	254
35.	La fuerza del río	264
36.	El reencuentro.....	270
37.	El desfiladero.....	276
38.	Sant Pere de Galligants.....	281

TERCERA PARTE

TIEMPOS DE ESPLENDOR

39.	La culpa	287
40.	Tejiendo mentiras.....	295
41.	La trampa	302
42.	Justicia eclesiástica.....	308
43.	La priora Esclarmunda	316
44.	La caza del jabalí.....	319
45.	Últimos días en Galligants.....	327

46.	Intentos de tregua	334
47.	Viaje de retorno.....	344
48.	La tumba.....	351
49.	Llegada al monasterio	359
50.	El regreso del maestro escultor.....	367
51.	La finalización de la portada	374
52.	La fiesta del Jubileo	381
53.	La marcha del Maestro Peire	387
54.	Fin del año jubilar	395
	Apunte histórico	402
	Bibliografía.....	407
	Glosario.....	411
	Agradecimientos	413

Nota

*E*sta novela está inspirada en el monasterio de Sant Pere de Rodes, que en el siglo X ya era un importante lugar de peregrinación.

Buena parte de los hechos que narro están basados en acontecimientos reales, tal como explico en el apunte histórico que aparece al final del libro.

La acción principal transcurre durante la segunda mitad del siglo XII, cuando el Maestro de Cabestany esculpió la portalada de mármol de la iglesia.

En aquella época, Sant Pere de Rodes formaba parte de las grandes rutas de peregrinación a Santiago de Compostela, Roma y Tierra Santa. Era un monasterio poderoso, favorecido por los condes de Empúries y los vizcondes de Peralada, que entonces estaban enfrentados.

Tras los muros narra un tiempo convulso en que la rivalidad entre estos nobles y el abad de Rodes era constante. En este contexto envenenado, el vizconde de Peralada se convirtió en impulsor de la obra de ampliación del monasterio.

Los términos que a lo largo de la novela aparecen con asterisco se encuentran en el Glosario (página 411).

A través del relato he intentado responder a unas cuantas preguntas como: ¿qué hombres lo habitaban?, ¿qué delirios y pasiones los impulsaban a vivir?, ¿qué sabían entonces del mundo?, ¿por qué luchaban?

Me he dejado guiar por el conocimiento y la intuición, y he mantenido a los personajes históricos más significativos que intervinieron en la construcción de la portalada; por tanto, cualquier similitud con los hechos no es casual.

Personajes principales

Blai Conocido como el Pájaro, es un joven huérfano, súbdito del abad. Vive con Sebastià en el hospital de peregrinos.

Sebastià Tutor de Blai; administra el hospital de peregrinos bajo la supervisión de fray Bernat.

Guisla Molinera del molino de Balascó, que depende del monasterio. Quedó viuda muy joven y tiene un hijo, Adalbert.

***Maestro de Cabestany** Uno de los escultores más importantes del siglo XII. Su obra se extiende desde Navarra hasta la Toscana italiana. Su identidad es desconocida y podría haber sido monje benedictino.

En la novela toma el nombre de **Maestro Peire**, un ex monje que se ha convertido en escultor de renombre y trabaja de manera itinerante. Es viudo y viaja acompañado de su hija.

Càndia Hija del maestro escultor, se aloja en el castillo de Peralada y es huésped del vizconde Jofre de Rocabertí.

Arnau de Elna Oficial escultor del Maestro Peire.

***Jofre I de Rocabertí** (?-1166) Fue vizconde de Peralada y es-

taba casado con Ermessenda de Vilademuls. Guerreó a menudo contra su vecino y pariente Hug de Empúries.

***Dalmau IV de Rocabertí** Primogénito de Jofre de Rocabertí. Sucedió a su padre en 1166 y gobernó el vizcondado de Peralada hasta 1181. Murió en Occitania luchando a favor del rey Alfonso *el Casto*.

***Hug III de Empúries** (?-1173) Hijo de Ponç II de Empúries y de Brunesilda. Gobernó el condado emporitano entre 1154 y 1173. Tuvo que afrontar la mala situación económica en que se encontraba el condado, hecho que acentuó las tensiones con los Rocabertí de Peralada. Estaba casado con Jussiana o Jessiana de Entença.

***Condesa Jussiana** (?-1192) Provenía de la familia de los Entença. Era señora de Alcolea de Cinca y dio cuatro hijos al conde Hug.

Joan de Empúries Hermano del conde Hug. Gobierna la encomienda del Temple de Castelló de Empúries.

Dalmau de Quermançó Hijo del señor de Quermançó y consejero del conde Hug de Empúries.

***Abad Berenguer** Ocupó el cargo de abad de Sant Pere de Rodes entre 1150 y 1191. En 1157 consiguió una bula del papa Adriano IV que confirmaba todos los privilegios que los reyes de Francia Luis y Lotario habían otorgado al monasterio.

***Fray Ramon de Mallols** En 1163 era prior y bodeguero del monasterio y poseía bienes importantes.

***Fray Gausbert** Ocupó el cargo de monje camarero desde 1150. Servía al abad Berenguer.

Fray Bernat Monje anciano que se ocupa de la portería. También tiene la responsabilidad del hospital de peregrinos, pero ha delegado la tarea en un ayudante, Sebastià.

Fray Ermengol Monje que cuida del huerto del monasterio.

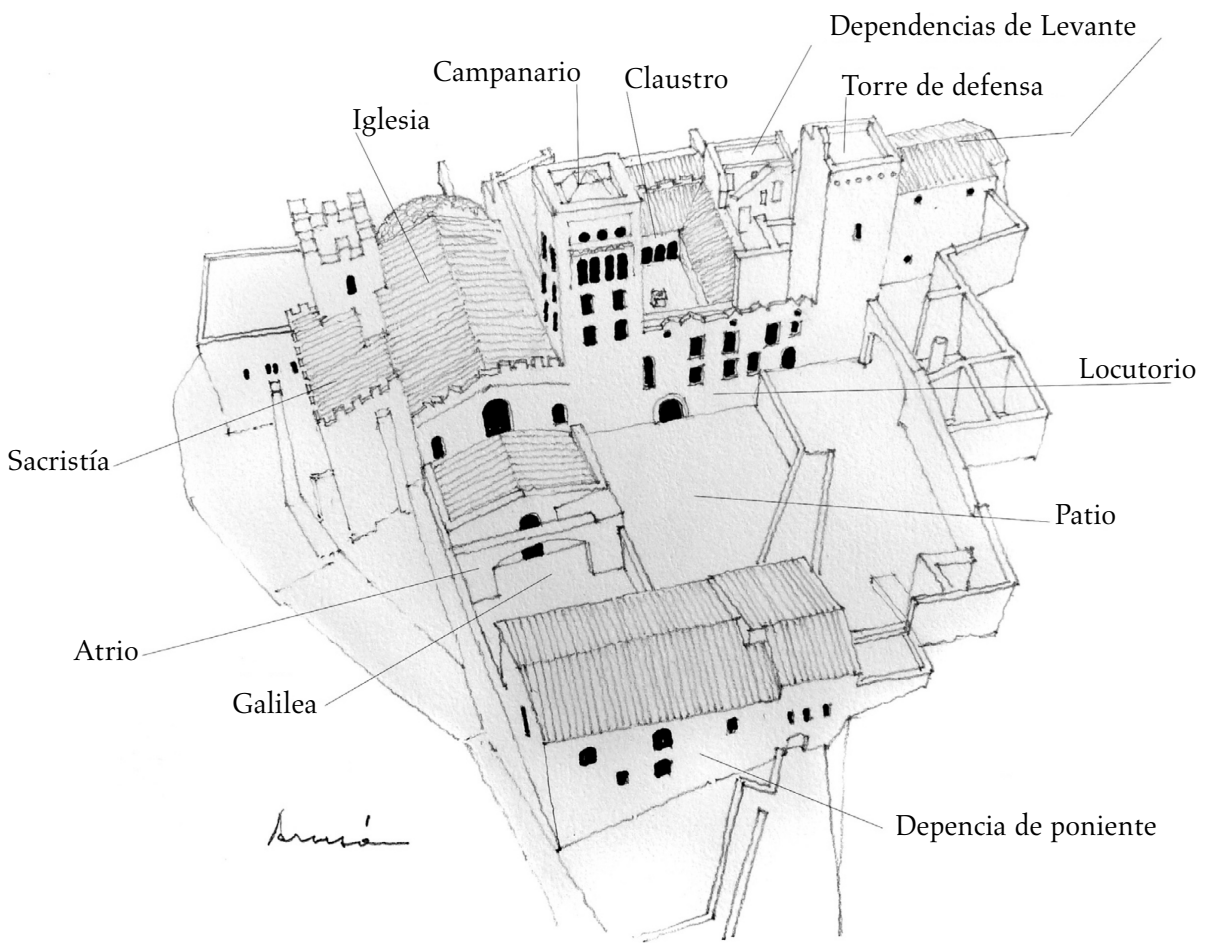
Fray Damià Ocupa el cargo de sacristán y controla el archivo.

Fray Guillem Monje obrero que supervisa las obras de reforma del monasterio.

Ponç Clérigo que ayuda a fray Damià en la sacristía y vive en el pueblo de Santa Creu.

Aimeric Mozo del monasterio. Trabaja en las caballerizas y está casado con Miquela, que ayuda en la cocina del hospital de peregrinos.

Monasterio de Sant Pere de Rodes



«No hay libertad sin valor.»

PERICLES

Primera parte

LA LUCHA POR EL PODER

Capítulo 1

Los dominios

Abril de 1161

Una luz cegadora dominaba ahora el monasterio. El ojo del vendaval había dejado paso a remolinos violentos. Desde los bancales de los olivos, la gran mole del edificio aparecía imponente, con los muros segados a ras del precipicio, de espaldas al mar furioso, bajo la guardia del castillo que coronaba la montaña. El abad Berenguer estaba en la sala capitular, sentado en el sitial de brazos, donde presidía las reuniones de la comunidad de monjes. Tenía un pergamino en la mano y observaba la fuente de nueces confitadas con miel que le acababa de traer fray Gausbert, el monje camarero. Aún no las había probado ni le apetecían.

—¡Este loco del conde! —exclamó con voz ronca—. ¡Ahora nos quiere negar los derechos de pesca!

El conde Hug de Empúries era un noble endemoniado, ambicionaba las propiedades del monasterio y le acababa de enviar un requerimiento.

—Está rabioso porque el vizconde Jofre sufraga las obras de reforma —dijo fray Gausbert.

—¿Qué culpa tenemos de sus disputas? —se lamentó. Hug de Empúries no podía perdonar la fortaleza de su pariente, Jofre de Rocabertí, ni el hecho de que los Rocabertí se hubieran separado del viejo condado.

—Son primos y algún día deberán hacer las paces. —Fray Gausbert miró la fuente de nueces con aire fatigado—. No habéis comido nada...

—No podemos consentir que nos perjudiquen —reflexionó el abad, con los ojos clavados en el pergamino.

—¿Puedo retirarme? Mañana llega el maestro escultor y tiene que estar todo a punto. —Fray Gausbert acababa de recordar las cosas que le quedaban por hacer. Debía ordenar el cuarto, preparar los hábitos limpios y recoger la sala.

—Tenéis razón, lo había olvidado. —Hizo un gesto de asentimiento, mientras el monje camarero abandonaba la sala, al vaivén de sus hombros caídos.

Un rato más tarde, recibió a un clérigo gordo, de expresión amodorrada, que parecía en desacuerdo con lo que estaba escuchando.

—No hago ningún mal, padre abad.

—Estáis contradiciendo la ley de la Santa Iglesia, Ponç, tenéis mujer y tres hijos.

La luz que entraba por los ventanales de alabastro iluminaba una gran cruz de madera que presidía aquella austera sala, amueblada sólo con los elementos imprescindibles: una gran mesa de roble, sillas de brazos destinadas a los monjes y una tribuna que servía de base al sitial.

Desde su silla, el abad podía escrutar perfectamente a los visitantes que le solicitaban audiencia. El clérigo se había quitado el sombrero ajustado de lana negra, que le dejó al descubierto una calva brillante, bañada de sudor.

—Y no me digáis que vuestros feligreses lo comprenden —le riñó—, ¡estáis en boca de todo el mundo y os exijo que rectifiquéis!

Hasta entonces, el clérigo había escuchado en silencio.

—No actuaría bien si abandonara a mis hijos; el pequeño sólo tiene un año —dijo levantando la mirada.

—Hacedlo como queráis; id a Roses, a Peralada, a donde sea, pero no permitiré más escándalos en mi jurisdicción —ordenó con voz áspera—; y si de aquí a nueve días no habéis rectificado, ¡os expulsaremos del pueblo!

El abad despidió al visitante con un gesto brusco de la mano e, involuntariamente, hizo bambolear la cruz de plata que le colgaba del cuello.

«¡Qué se han creído estos clérigos, quiénes se piensan que son!»

Debería poner orden en el caos, hacer respetar su autoridad entre los religiosos que vivían con mujeres y aquellos barones tronados que querían meter su cuchara en todo. Si se lo hubieran permitido, habrían comprado cargos e influencias.

Podía comprender los pecados de los hombres, pero no permitirlos.

La reforma gregoriana, a la cual se habían acogido hacía años, les exigía una vida evangélica y mantenerse alejados del poder político. Por eso, él mismo impartía justicia en el monasterio. Con los años, había afinado los rasgos de un juez severo; operaba con las balanzas y el estilete del discernimiento: la intuición aguda, la opinión firme y unos principios inamovibles.

Hizo un gesto de cansancio y atravesó la sala con la intención de cumplir un ritual. Como cada día, abrió la puerta de la galería que daba al mar para admirar la costa y respirar hondo.

La tempestad matinal se había deshecho, empujada por la tramontana, que seguía soplando. Pero ahora el cielo era más limpio y se veía perfectamente la masa rocosa del Cap de Creus y algunas casas de labor diseminadas. Aquella panorámica lo calmaba. Todo aquel territorio quedaba bajo su jurisdicción, de la Selva a Llançà y, siguiendo a poniente, donde no llegaba la vista, por bosques y praderas, hasta las riberas del río Muga y el declive de unos cuantos estanques.

Se fue tranquilizando mientras repasaba mentalmente las propiedades dispersas que poseían en los condados de Besalú, Girona, Barcelona, el Pallars, y también al otro lado del Pirineo y en el reino de Aragón. Todos aquellos bienes eran fruto de donaciones y legados que habían recibido en testamento.

Suspiró, apoyado en la baranda de la galería. Debía conseguir, como fuera, una tregua con el conde de Empúries; era preciso acabar las obras con tranquilidad, antes de la celebración del Jubileo.

Cerró los ojos. Había denunciado las agresiones del conde Hug al Santo Padre de Roma y esperaba recibir respuesta pronto; sólo así el conde se avendría a razones.

El mar bramaba como un animal dispuesto a engullir la montaña y una ráfaga de viento lo hizo retirarse.

Poco después, el abad abandonó la sala para dirigirse al escritorio. Caminaba con autoridad; la cabeza alta, la tonsura

bien rasurada y un rostro de piel fina con arrugas en torno a los ojos y las comisuras de los labios.

Tenía cincuenta años y hacía más de diez que guardaba en secreto un asunto privado.

Al entrar en el escritorio, lo iluminó la luz que entraba por los ventanales de alabastro. Allí dentro reinaba una calma absoluta. Era la hora de descanso de los monjes que transcribían manuscritos y un fuerte olor a tinta, pluma de ave y pergamino invadía la atmósfera solitaria.

Caminó por la sala hasta llegar a los muebles que precedían a los pupitres de los copistas. Una vez allí, abrió el arca de los libros profanos, donde guardaban los códices visigóticos y grecolatinos. Todos aquellos escritos quedaban fuera del alcance de la mayoría de monjes, que se limitaban a recitar los salmos.

Apartó los libros que había que preservar de la curiosidad malsana; metió la mano dentro del cajón más profundo del arca, hasta que encontró el listón que protegía el fondo del mueble y lo empujó con suavidad.

Contra lo esperable, la pieza de madera se desplazó hacia un lado y dejó al descubierto una pequeña cavidad. Introdujo la mano y palpó en su interior.

—Aún está —murmuró exhalando un suspiro.

Enseguida volvió a ajustar la portezuela, recolocó los libros y cerró el arca.

Capítulo 2

El huérfano

Sebastià lo había despertado temprano.

—Fray Guillem te necesita, va corto de mano de obra y quiere aprendices. —Lo miró con decisión por debajo de las cejas rectas, adivinando la pereza que el muchacho llevaba pegada a los ojos—. ¿Qué dices, Pájaro? —Su tutor no lo llamaba nunca por el nombre de pila.

Blai había abierto un ojo. Vio el rostro jovial de Sebastià, la gran barba salpicada de pelos blancos, y se encogió de hombros.

—Recibirás una medida de pan de habas al día.

El muchacho bostezó, estiró los largos brazos y respondió con voz adormecida:

—Ahora voy...

—Espabila —insistió Sebastià, que lo conocía bien, porque había sido su tutor desde que tenía cuatro años.

Antes de morir, el padre del muchacho lo había dejado bajo la protección de los monjes. Blai tenía un recuerdo borroso de aquel episodio, apenas una impresión visual. Se veía como una hormiga delante de unas puertas inmensas que daban a un pasillo oscuro y largo; alguien lo tenía de la mano y, al fondo de todo, lo esperaba el abad, con la cara pálida como la de un muerto. Y él lloraba y lloraba, y decía que no quería ir. Había crecido en el hospital de peregrinos, por deseo del abad, y allí debería servir durante toda la vida.

Se vistió y salió al patio. Caminaba ágil, con los brazos que

le colgaban hasta las rodillas, y las piernas flexibles. Tenía una belleza extraña, el pelo color de panocha, la cara salpicada de pecas, los labios carnosos y algo femeninos, y unos ojos azulísimos. De pequeño, la gente se quedaba admirada de él. ¿De dónde habéis sacado a este niño pelirrojo? Le tocaban el cabello y miraban y volvían a mirar aquellos iris transparentes, casi de albino.

Atravesó el patio con la expresión despreocupada de los que aún no han abandonado del todo la infancia. Quería ser un hombre, pero aún era demasiado joven para conocer el talante de los hombres. Nadie le había hablado de su madre y apenas sabía quién era su padre.

Mientras se dirigía a la entrada del monasterio oyó el canto de la abubilla. Los cerezos silvestres que crecían en la montaña ya estaban llenos de frutas y pronto podría coger cerezas. Se las comería a puñados, bajando por el camino.

Alguna vez había robado manzanas del huerto de fray Ermengol. El abad Berenguer debía de darse cuenta de que crecía demasiado a su aire y lo hizo instruir en doctrina con los chicos del pueblo de Santa Creu. Aquellos rapaces le enseñaron a tirar piedras con honda y a montar lazos para cazar conejos, pero eran mezquinos y lo insultaban. En doctrina aprendió a recitar episodios bíblicos y a escribir nombres y números en tablillas de cera. No se aplicó demasiado en los rudimentos de la escritura, no por falta de inteligencia sino por desgana.

A los ocho años había dejado el estudio, porque ya era un hombre. Desde entonces ayudaba en el hospital.

Sebastià salió fuera y se quedó mirándolo. Cojeaba un poco, por culpa de una herida de guerra que le había partido el hueso de la rodilla.

—¡Deprisa! —gritó.

El chaval hizo un gesto de asentimiento. Prefería trabajar con los obreros; la tarea del hospital no le agradaba y tenía pocas opciones. Él dependía del señor abad, que se dedicaba a rezar. Aunque pertenecía a uno de los estamentos más bajos de la sociedad, tenía suerte de no ser esclavo, porque habría pasado bastantes más penalidades.

Había muchos señores, nobles barones, condes, vizcondes y una pequeña nobleza de caballeros que gobernaban los casti-

llos. Todos ellos tenían súbditos y cobraban impuestos a los campesinos, que no podían abandonar la tierra ni dejarla en herencia a sus hijos.

Al llegar a la puerta del monasterio, llamó:

—Entra, muchacho. —Fray Bernat, el viejo monje portero, le abrió—. El oficial de obras te espera.

Fray Bernat le había explicado que los maestros arquitectos y escultores del primer monasterio trabajaron quién sabe cuántos inviernos sobre la roca viva, con un montón de obreros que desafiaban la dureza de la montaña. Habían construido aquel edificio a conciencia, para que durara muchos años, aunque sabían que, en comparación, ellos no vivirían mucho más que la llama de una antorcha. El monasterio estaba destinado a perdurar en el tiempo, mientras que una persona llegaba a vivir apenas sesenta años.

En más de una ocasión había oído explicar la leyenda de los tres monjes, que daba razón de ser al monasterio. Fray Bernat la repetía a los peregrinos que llegaban. «Hace siglos, cuando los persas amenazaban la ciudad de Roma, el Papa quiso poner a resguardo las reliquias del apóstol Pedro y encargó la misión a tres monjes. Aquellos hermanos embarcaron en una nave y, al llegar cerca de esta costa —precisaba el monje mientras hacía chasquear la lengua— buscaron la cueva donde había vivido el obispo san Pablo de Narbona y ocultaron allí las reliquias. Cuando pasó el peligro volvieron a buscarlas, pero, con el paso de los meses, la vegetación había ocultado la entrada de la cueva y no fueron capaces de encontrarla. Entonces, dos de aquellos monjes se quedaron en la montaña y el tercero regresó al Vaticano a explicar lo que había pasado. Al cabo de un tiempo, pudieron hallar el escondite de las reliquias y construyeron este monasterio encima de la cueva.»

Capítulo 3

La llegada del maestro escultor

Al día siguiente, una noble comitiva atravesó el portal de entrada al monasterio. La presidía el vizconde Jofre de Rocabertí, un caballero fornido que vestía una cota* con mangas de piel de zorro. Lo seguían su hijo, un joven de cabellera frondosa, bien plantado, y el maestro escultor, que era algo calvo y tenía un aspecto sobrio. Iban escoltados por caballeros y los acompañaban unas cuantas damas: la vizcondesa Ermessenda de Vilademuls, la hija del escultor, una doncella y dos sirvientas, que precedían a un esclavo y un asno cargado con alforjas.

El escultor llevaba un portarrollos cruzado sobre el pecho que iba con él en cada viaje. Confiaba en la misión que lo había llevado hasta allí, pero estaba un poco cohibido por el despliegue con que lo habían recibido en Peralada. Ya estaba acostumbrado a las peleas de los nobles belicosos que disputaban entre sí, enfrentados a los intereses de los abades, y les temía más que a los salteadores de caminos.

Cinco meses atrás, había recibido al vizconde Jofre en el taller de Cabestany con una cierta frialdad, sin dejar las herramientas. El vizconde había alabado los relieves del tímpano de mármol que estaba esculpiendo; dijo que eran la admiración de todo el mundo, que en ellos se reconocía la mano de un maestro. Tenía la intención de levantar una portada monumental en Sant Pere de Rodes y había pensado en él. Le ofreció una cantidad de onzas de oro suficientes para vivir bien, además de la

manutención y la ropa para todos los ayudantes que necesitara. Y él había aceptado.

Ahora estaba a punto de emprender una obra que lo retendría durante dos años, a lo sumo, en aquel monasterio que no tenía nada que envidiar a los que había visto en la Lombardía y la Toscana.

Salieron a recibirlos dos monjes. Uno era alto y corpulento, de cara delgada. Aparentaba menos edad que el otro, que tenía la mirada huraña y era deforme, panzón y de espaldas estrechas.

El escultor reconoció al abad en el monje alto que llevaba un bastón con empuñadura de cruz. El vizconde había aflojado el galope para decirle en voz baja: «Son el abad Berenguer y el prior Ramon».

Después de descabalgar y dar permiso a los hombres armados que los acompañaban, los Rocabertí y el maestro escultor fueron a hacer la reverencia al abad y a saludar al prior.

—Bienvenido seáis, Maestro Peire —había dicho el abad Berenguer—, me han hablado muy bien de vos.

Las damas se quedaron conversando con fray Bernat, que les hacía cumplidos, y los monjes y los caballeros entraron en la iglesia.

La antigua portada de mármol estaba destrozada porque, en un asalto al monasterio, las milicias habían desfigurado los relieves a golpes de maza. Aquella visión desoladora quedaba compensada por la perfección interior de la iglesia.

El Maestro Peire quedó admirado por la extraordinaria composición de columnas y capiteles.

—Esta iglesia tiene más de dos siglos, fue impulsada por el abad Hildesind, que aquí descansa —dijo el abad Berenguer en un arranque de orgullo. Habían bajado a la cripta y les mostró la inscripción de una losa funeraria.

Se ahorró decir, porque se habría alargado demasiado, que la iglesia había sido consagrada en tiempos de la condesa Ermessenda de Girona, en el año 1022. En aquella ocasión habían santificado el edificio con agua bendita, sal, cenizas y vino, para que los nobles no la volvieran a profanar.

—Es muy bella —comentó el Maestro Peire.

El abad asintió mientras se arreglaba el cordón del hábito con sus nudosos dedos.

Entraron en el monasterio por el mismo pasillo que utilizaban los monjes para ir y venir del oratorio. De allí habían salido al claustro, que estaba en obras. Ya habían cubierto la superficie del antiguo patio, que serviría de cisterna, y estaban levantando las aberturas porticadas del nuevo claustro.

—Estamos haciendo una gran obra —dijo con satisfacción el vizconde, y miró con fijeza a su hijo, que no parecía haberlo oído.

—Deberemos tener paciencia, pero, al final, habrá merecido la pena —reconoció el abad.

Instantes después habían dejado el claustro para dirigirse al escritorio, que daba al mar.

La estancia estaba bien amueblada, con arcas y gran diversidad de elementos que servían para el estudio: lámparas de aceite, plumas, tinteros, ábacos de todas las medidas, para que los novicios aprendieran cálculo aritmético, y astrolabios latinos con esferas de latón que giraban suspendidas de una anilla y daban idea del movimiento de los astros. Tres monjes estaban sentados en taburetes altos, de espaldas a los ventanales, de manera que la luz se derramaba sobre los manuscritos que tenían en el atril.

Los tres benedictinos saludaron sin levantarse.

—Disculpad que continúen trabajando —los excusó el abad—, el día se acorta y tienen mucho que hacer. —Se acercó a uno de los monjes que ilustraba un libro gigantesco—. Ésta es nuestra amada Biblia, la niña de nuestros ojos.

Era un gran códice de más de dos codos de alto.

—Fue copiada en el monasterio de Ripoll, en tiempos del abad Oliba —prosiguió—, y la estamos completando con miniaturas; esperamos tenerla acabada de aquí a unos años...

—Si Dios quiere —respondió el monje copista sin levantar los ojos del códice.

Estaba terminando de perfilar una escena del sacrificio de Isaac y la mano le iba del pergamino al tintero de hueso. Delicadamente, mojaba la pluma y dejaba deslizar su trazo sobre el dibujo.

—Nuestro hermano aprendió el arte en Ripoll. —El abad se acercó al atril con complacencia. Parpadeó—. Lo hemos liberado de las demás tareas para que acabe las pinturas; por

suerte, tenemos buenos escribanos para copiar los textos antiguos.

Necesitaban una Biblia ejemplar, no suntuosa pero sí magnificada, y aquella empresa eximía a los monjes copistas de cualquier otro trabajo.

El Maestro Peire observó el códice desde una cierta distancia. No quería molestar al monje ilustrador, que trazaba las cenefas vegetales con pulso seguro. Se fijó en la precisión de las columnas de los cánones y en las letras capitales, dibujadas a manera de frontispicio. Quizá podría inspirarse en ellas.

—¿Me permitiréis mirarlo con calma?

—Cuando queráis —respondió el abad.

Les sorprendió un silencio tenso que no parecía afectar al hijo del vizconde. Desde que habían entrado en la biblioteca no había mostrado ningún interés por lo que decía el abad y ahora se entretenía haciendo girar el astrolabio.

—¿Por qué no nos enseñáis los planos, maestro? —sugirió el vizconde—. Supongo que habéis tenido en cuenta la descripción de la portada antigua que os hice llegar.

El escultor asintió. Descargó el portarrollos sobre la mesa, lo destapó, extrajo un pergamino y lo desplegó poco a poco.

—Aquí tenéis el proyecto —dijo finalmente.

Ante los ojos de todos aparecieron los dibujos de unos capiteles y de una portada grandiosa y, casi al instante, el abad y el prior se miraron.

—Le pedí al Maestro Peire que trabajara en vuestro encargo —se afanó a decir el vizconde—, es más fácil partir de un esbozo para decidir una obra que os complazca, padre Berenguer.

Pareció que el prior estaba a punto de replicarle, pero el abad se adelantó:

—Os escuchamos, Maestro Peire.

—Como bien sabéis, he trabajado en el Piamonte y en la Toscana. —El escultor hizo una pausa, como si sopesara lo que estaba a punto de decir—. Y he observado que las iglesias más sólidas ganan delicadeza si se utilizan piedras alargadas sólo desbastadas, y arquerías y ventanas de doble derrame, como las que se están construyendo allí.

—Dudo que sea algo bueno —interrumpió el prior.

El Maestro Peire lo dejó hablar, convencido de que era mejor no enemistarse con aquel monje tan influyente. Pero el abad Berenguer cortó al prior con un gesto.

—Dejadlo acabar, fray Ramon. Explicadnos bien vuestra idea, maestro.

—He pensado en una portada monumental —prosiguió el escultor señalando los dibujos que ocupaban el centro del pergamino—. Deberemos construir una estructura muy sólida... Habrá que levantar una arquivolta que pueda ir adornada con molduras. Podríamos unificar los dos tímpanos anteriores y dividir la puerta con una columna central. —Fue siguiendo el dibujo del arco y le quedó al descubierto aquel dedo cortado que habría echado en falta al acariciar un cuerpo de mujer.

—Aún no hemos decidido el material que vamos a utilizar —lo interrumpió el prior examinando el plano con suspicacia—. La piedra de la montaña es pizarrosa, se descascarilla y sólo es buena para hacer tejados.

—Tenéis razón, fray Ramon —dijo el vizconde. Antes había mirado de reojo a su hijo, que no mostraba ningún entusiasmo por ver los planos—. Tenemos una buena cantera y podemos extraer toda la piedra que necesitamos.

De improviso, el joven preguntó:

—¿Puedo retirarme? —Esperó un gesto de asentimiento, dibujó una reverencia en el aire y salió de la sala.

—Os agradezco la buena disposición, vizconde —dijo el abad—. ¿Y vos qué pensáis, maestro?

El Maestro Peire tenía la respuesta a punto. La antigua portada había sido hecha a conciencia por otro maestro artesano del que nadie recordaba el nombre. Los relieves estropeados que había visto en la iglesia conservaban aún una fuerza extraña y magnética que sólo podía captar un escultor como él, pero ya no servían para nada.

—¿Y los mármoles viejos? Me habéis dicho que os consta que algunas piezas fueron transportadas desde Empúries y son buen material... —Se rascó el mentón—. Si me permitís, creo que los relieves antiguos nos pueden servir.

—¡Eso no! —se adelantó el prior. Había enarcado las cejas y arrugó la frente pelada; pero la tensión sólo duró un momento, porque las mejillas le pesaban demasiado.

—Estoy hablando de aprovechar lo que tenemos; más de la mitad de los relieves están estropeados, pero me siento con ánimos para trabajarlos por la otra cara.

—Nos exponemos a romper las piezas —replicó fray Ramon.

—A mí me parece una idea razonable —lo contradijo el abad—, el mármol es más adecuado que la piedra, y eso nos ahorrará tiempo y gastos. —Hizo una señal de complicidad dirigida al prior—. Y vos, fray Ramon, estaréis de acuerdo, como administrador que sois de nuestro monasterio.

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios poco perfilados del vizconde, mientras la cara del prior adquiría un aire furioso.

—No me parece bien, la portada antigua es un legado y el relieve de la peregrinación de Eliécer ha presidido durante años nuestra iglesia —replicó en tono áspero, mirando al escultor con recelo—. Por si no lo sabéis, maestro, esta pieza representa el frontispicio de nuestra amada Biblia y dudo que ningún monje apruebe el disparate de esculpir su reverso.

—¡Fray Ramon! —la voz del abad Berenguer adquirió un tono severo.

—Si es como dice fray Ramon —el escultor habló en tono conciliador—, puedo esculpir la misma escena.

La expresión del abad seguía siendo tensa.

—Si me permitís, padre abad —precisó el vizconde Jofre—, creo que debemos valorar la opinión del Maestro Peire, al fin y al cabo, él es el escultor.

—No podemos escoger según qué, estamos en un lugar de peregrinación —insistió el prior; se había inclinado sobre el pergamino y le temblaba la papada.

El abad fue hacia los ventanales de alabastro que filtraban una luz brumosa.

—Fray Ramon, agradecemos vuestras palabras —acabó diciendo—, pero hemos de considerar lo que más conviene a nuestro monasterio... En estos momentos, la mejor manera de exhortar a los peregrinos a llevar una vida ejemplar es que recuerden los milagros de Jesucristo... Eso los incitará a la imitación —prosiguió.

El prior hizo un gesto huraño.

—Si me permitís, señores, me retiraré —dijo. Y volviéndose con un aire pesado que desentonaba con su andar envarado salió de la sala.

Pareció que el abad pasaba por alto aquella reacción airada.

—¿Cuántos obreros trabajan con vos? —preguntó al Maestro Peire.

—Me acompañan un oficial de confianza y doce escultores y picapedreros; todos ellos necesitan manutención.

Jofre de Rocabertí había enrojecido al pensar en el dinero que debería pagar. Calibró cuánto costaría pagar a tantos hombres; subiría los impuestos a los mercaderes y pediría dinero a los prestamistas judíos de Peralada.

—Nos habéis pedido una obra de grandes dimensiones para dentro de dos años y necesitamos la ayuda de muchas manos.

Más tarde, cuando se despedían, el abad dijo al vizconde:

—Tenemos buen mármol y un maestro escultor reconocido en toda la cristiandad. No hagáis caso de lo que diga nuestro prior, ya se avendrá a razones, vizconde, yo sólo veo una oportunidad magnífica.

A sus cuarenta y ocho años, el Maestro Peire trabajaba impulsado por un ritmo incansable que agotaba a los ayudantes del taller que tenía a su servicio. Hacía más de veinte años que había roto los votos monacales en el monasterio de San Saturnino de Tolosa de Languedoc, donde aprendió el arte de la escultura y el cálculo de los antiguos.

En el monasterio se había sentido llamado a dar vida a la piedra y muy pronto la comunidad de monjes, regida por una regla monástica severa, se le hizo pequeña y agobiante. Había decidido abandonar la orden religiosa para llevar una vida itinerante, primero al servicio del conde Ramon de Tolosa, esculpiendo capiteles en las iglesias de la ciudad, después en Narbona, en un taller de escultores de renombre. Desde allí viajó a Girona. Entonces ya dominaba el oficio; era capaz de animar el mármol y la piedra, de distribuir personajes de proporciones deformadas en los capiteles. Sabía agruparlos sin contradecir la ley del encuadre, y esto le había permitido ganar fama de maestro.

Pero la vida nómada lo obligaba a vivir desarraigado. Trabajaba aquí y allá, siguiendo los caminos de peregrinación. Así había llegado a la Lombardía y la Toscana. En aquellas tierras admiró las tallas clásicas, los bajorrelieves de los sarcófagos antiguos y la solidez de las iglesias romanas; se sintió cautivado por tanta grandiosidad y, al mismo tiempo, liberado. Le agradaron el mar, los puertos abiertos a la circulación de gente y de mercancías, y las mujeres de las ciudades marítimas. También conoció a una dama extraordinaria con quien habría compartido toda la vida si ella no lo hubiera dejado por culpa de unas fiebres malignas; aquella dama le había dado lo que más quería en el mundo después de ella, lo que le había permitido recuperar fuerzas después de enviudar: su hija Càndia.

Capítulo 4

La hija del escultor

El Pájaro estaba en la montaña, recogiendo ramas de brezo que servirían para barrer los andamios, cuando vio llegar a la comitiva que acompañaba al maestro escultor y, sin pensarlo demasiado, cambió de rumbo.

A medio camino encontró a dos sirvientes que remontaban el sendero con caballos y mulas. Iban al castillo que se elevaba en la cima de la montaña como una flecha clavada en el cielo. Los saludó sin pararse.

Entrevió el monasterio, que quedaba encajonado entre dos mundos, los precipicios de roca y el mar. Y siguió bajando por la pendiente.

Cuando estaba cerca del recinto se detuvo en una pequeña explanada desde la que se veía bien el patio del monasterio. Se fijó en la comitiva que acababa de entrar; eran señores nobles, unas cuantas damas y una cuadrilla de hombres de armas. En el centro cabalgaban el vizconde de Peralada, su hijo y un caballero de aspecto sencillo al que no pudo reconocer. Los seguían las damas, entre las cuales reconoció a la condesa Ermesenda de Vilademuls, que iba vestida con ricos brocados y tenía el aspecto altivo de siempre. La acompañaban dos sirvientas, una dama y una muchacha muy delgada. La vio descabalgarse con un giro del cuerpo; muy menuda y vestida con un brial* del color del heno, y se quedó embobado mirando aquel rostro pálido y la cabellera negra que se le escapaba del velo.

Mientras los señores descabalgaban, una de las sirvientas saltó al empedrado y fue hasta el burro que transportaba la carga. Hurgó en las alforjas y volvió donde estaba la muchacha con un objeto en las manos, que él no podía ver bien ni era capaz de adivinar.

Mientras observaba a las damas, el Pájaro vio que los caballeros entraban en el monasterio y los soldados de escolta en el refectorio* del servicio; seguramente se repondrían del camino y llenarían el estómago con alguna escudilla de garbanzos y tocino. Los hombres de armas le inspiraban admiración y temor. Alguna vez había deseado servir a las órdenes de un señor, aunque Sebastià no lo quisiera. Pero en más de una ocasión, de camino hacia el molino o las viñas, había visto la crueldad de los hombres del conde, que arrancaban las cepas sólo para hacer daño, atacaban las casas de labor, herían a los pobres labradores que se oponían y robaban todo lo que podían.

En un momento llegó al muro que protegía el tejado de las caballerizas. Lanzó el haz de brezo al suelo y escaló la pared, usando las grietas de las piedras. Cuando estuvo arriba, se arrastró sobre las tejas para que nadie lo viera.

En el patio sólo quedaban las damas, que hablaban con fray Bernat. Las dos sirvientas charlaban en un rincón, pendientes de los movimientos del esclavo del vizconde, que vigilaba la carga y los animales.

Se quedó quieto, encogido como un gusano, hasta que oyó un ruido y asomó la cabeza para espiar. Era Aimeric, el mozo de las caballerizas, que había salido a cotillear. Aquel hombre envejecido por el sol y el trabajo duro entró y salió dos o tres veces de los establos, y no hacía más que mirar a las damas.

Él no se había movido y observó a la muchacha, que ahora sopesaba algún objeto con las manos; se había puesto de puntillas, como si quisiera mirar la mollera de fray Bernat, y sonreía. No le veía bien los ojos, pero los intuía. Hasta que ella se giró para decir algo a las doncellas. Entonces pudo contemplarla: el escote cerrado sobre el pecho que apenas se insinuaba, la cara fresca de rosa, los labios bien perfilados y una mirada alegre de ojos oscuros e inquietos. Deseó transformarse en un ruiseñor y volar hasta aquella mano menuda y darle los buenos días.

—¡Corred, el burro se escapa!

La voz ronca de Aimeric alertó a todo el mundo. Había encerrado todos los caballos menos una yegua joven, que debía de estar en celo y se había escapado. Al verla, el asno se había lanzado tras ella. El Pájaro había visto copular caballos con yeguas alguna vez. Seguro que el asno había percibido sus efluvios, que en eso los machos son muy finos.

El esclavo salió a perseguir al asno, que había atrapado a la yegua y quería montarla. Pero la yegua no se dejó, quizá porque esperaba a un caballo y no a un burro, y huyó a la carrera. Y el asno detrás, y el esclavo del vizconde detrás del asno.

Fray Bernat parecía avergonzado y las damas alteradas. Al principio, la muchacha y su dama habían estallado en risas, pero la condesa Ermessenda las miró con severidad y se truncaron las carcajadas. Habían pasado de las exclamaciones al silencio y ahora miraban la escena con preocupación.

El esclavo consiguió acortar distancias. Pero cuando estaba a punto de capturar al animal, el asno frenó y le clavó una coz que lo tumbó en el suelo. Aimeric y fray Bernat fueron a socorrerlo, mientras el animal volvía a la carrera.

Viendo la situación, el Pájaro bajó del tejado siguiendo el muro por los agujeros que dejaban las piedras.

Oyó gritar a la muchacha:

—¡Que no se rompa mi cofre!

Una vez en el suelo, empezó a correr como una flecha detrás del asno. Lo persiguió hasta que consiguió cogerlo por la cola, tal como había visto hacer a los arrieros con los animales rebeldes. Cuando le pareció que lo tenía dominado, el asno se volvió inesperadamente y le mordió el brazo. Todo fue muy rápido, sintió el morro del animal rozándole la piel y no tuvo tiempo de pensar en nada; reaccionó instintivamente y se defendió mordiéndole la oreja.

El asno se detuvo de repente y bramó espantado, hecho que permitió al Pájaro bajar las riendas y salvar la carga.

Entre todos habían armado tanto escándalo que Sebastià salió del hospital caminando, paticojo. Enseguida asistió al esclavo, que tenía sangre en la cara y las rodillas peladas.

—Llevallo a la enfermería —dijo fray Bernat.

—Este esclavo merece un castigo. —La vizcondesa había

estado observándolos con cara de perplejidad—. ¡Por su culpa he estado a punto de perder la carga!

—Son cosas que pasan, señora —la voz mesurada de fray Bernat la interrumpió—, los asnos son difíciles de dominar. Ermessenda lo miró con reprobación.

—A vos todo os parece bien —murmuró.

Aimeric y Sebastià cogieron al esclavo por los hombros y se lo llevaron al hospital de peregrinos.

—Tendremos que capar a los asnos, Aimeric, si no tienen demasiadas ganas de hembra y se ponen rabiosos —dijo Sebastià.

—Como los hombres que viven solos —replicó el mozo.

Poco después, fray Bernat se despidió de las damas para volver a la portería, con un andar de viejo que arrastraba los pies.

La vizcondesa riñó a sus sirvientas:

—Otra vez llevaréis la carga vosotras, ¿oís? —un tono de disgusto le desfiguró la voz.

Mientras Ermessenda amonestaba a las criadas, la muchacha fue al encuentro del Pájaro.

El chaval se había quedado en un rincón, sudado y resoplando, con el corazón al galope. La tenía delante, enrojecida y despeinada, mirándolo con unos ojos vivos y negros que ahora podía contemplar de cerca.

—¿Cómo te llamas? —preguntó con un sonido melodioso, mientras su mano acariciaba un pasador de color azabache.

—Blai, pero todo el mundo me llama Pájaro... —la voz le temblaba un poco y se esforzó por disimularlo—. Hablas como los peregrinos que vienen de la tierra del Papa...

La muchacha sonrió.

—Mi madre era milanesa, pero yo me he criado cerca de aquí, al otro lado de estas montañas.

Mientras hablaba volvió a mirar a aquel joven bien plantado, de pelo rojo y ojos transparentes como el agua de mar. Vestía igual que un campesino pero tenía un aire digno.

Él intentó leerle la mirada, pero no supo hacerlo.

—Gracias, Pájaro —prosiguió ella—. Soy la hija del escultor; me llamo Càndia... ¿Te ha hecho mucho daño?

Él ya ni se acordaba del daño. Se miró la manga; los hilos

del tejido se habían estropeado y tenían la marca de la mordedura.

—No es nada.

—Le diré a mi padre que te compense —insistió ella. Entonces la vizcondesa la llamó desde el fondo del patio con voz altiva.

—Espera... —El Pájaro la retuvo con un gesto. Le daba vergüenza mirarla a los ojos, de tan perfecta que la encontraba—. No quiero nada, me conformo con una prenda —dijo sacando fuerzas de flaqueza.

Càndia no se lo pensó demasiado; abrió la mano y le dio el pasador.

—Tengo que irme, adiós. —Sonrió.

El chaval la vio marcharse, ceñida por el vestido bordado, con el aspecto de una dama noble, y se sintió pequeño y poca cosa.

La espió desde las caballerizas durante un rato, a través del portal entreabierto. Se había quedado tieso como un pasmarote, embobado y mudo. Càndia hablaba con los gestos más gráciles que había visto nunca. La encontraba bonita como un ángel del cielo y perfecta, sin ningún defecto. Y fue recordando una y otra vez las palabras amables y sensatas que le había dedicado.

Le pareció que ella lo observaba de reojo y su inquietud creció. Habían seguido el juego durante un rato, hasta que apareció el hijo del vizconde. Entonces un nudo extraño le constriñó el pecho. Recordó que Càndia era una dama, aunque hubiera tenido la consideración de agradecerle lo que había hecho. Y cuando los caballeros volvieron a salir del monasterio, adivinó que todas las miradas eran para la muchacha y lo invadió una rabia acongojada y desconocida que no sabía identificar.

El Pájaro tardó días en reconocer su mal, antes de que volviera a sentir la punzada de los celos y aquella conmoción que lo trastornaba.

Aquella noche aspiró mil veces el aroma del pasador de Càndia. Olía a rosas y lavanda, como ella. Le costó coger el sueño y debía de soñar con ella porque al día siguiente se levantó abatido como un sonámbulo.

Estuvo pensando en Càndia todo el día. Sólo deseaba volver a verla y la recordaba constantemente. Y el maestro de obras le

llamó la atención más de una vez porque se retrasaba en el trabajo.

Durante días y noches no supo qué le pasaba. ¿Por qué estaba tan angustiado? Las cosas que antes lo entretenían habían dejado de interesarle. Ya no iba a ver los caballos ni tenía ganas de correr por la montaña. Nada tenía importancia, sólo ella.

Cada día preguntaba a Sebastià si irían al mercado.

—¿Se puede saber qué tienes en Peralada? —dijo su tutor.

Un mediodía, mientras comía en la cocina, Miquela, la mujer de Aimeric, le adivinó el mal.

—Tienes cara de bobo, chaval —dijo secándose los labios con una punta del delantal—, ¿no será que estás enamorado?

Hasta entonces no había sabido qué lo perturbaba.

Capítulo 5

La amenaza

*H*abían pasado tres meses desde la llegada del Maestro Peire. Desde entonces, los escultores que estaban a sus órdenes trabajaban esforzadamente.

A media mañana, el centinela de la torre de vigilancia lanzó el grito pidiendo el relevo. El aviso resonó en todo el patio. El sol comenzaba a castigar las nuca de los picapedreros, que desbastaban bloques de mármol en los bancos de madera. Alrededor del patio, un siervo hacía la última hornada de pan, dos campesinos apilaban leña y corcho contra una pared y Aimeric cargaba estiércol en una carretilla. Un hedor fuerte se había apoderado del recinto, esparcido por la brisa, que mezclaba el aliento apestoso de los establos con el olor del pan cocido.

Fuera del perímetro del monasterio, que los rebaños mantenían permanentemente limpio y desbrozado, se extendía una gran masa boscosa de encinares, robledales y castaños, casi una selva, que ahora brillaba con multitud de reflejos.

Volvía a hacer un día de tramontana y el sol encendía fuego en las aristas de los muros.

El Pájaro trabajaba con los obreros que concluían el último piso del campanario. Casi no descansaban. Sólo se detenían para beber agua y levantaban los ojos al cielo, como si se acordaran de la lluvia. Pero el tiempo parecía haberse aliado con la lucha fratricida de los señores poderosos.

A esa hora los monjes atendían sus tareas cotidianas en la portería, el huerto, el jardín medicinal, el escritorio y la cocina. Repartían las labores entre las siete horas de plegaria, además de las vigili­as nocturnas. Trabajaban buena parte de la mañana y descansaban una vez terminada la comida. Entonces se reunían en el claustro con los novicios, que recibían la enseñanza de la regla benedictina.

Aquella casa aún alojaba más huéspedes. Temporalmente albergaba a nobles que se retiraban a hacer penitencia a cambio de una donación generosa de bienes. Desde hacía un año vivían allí tres barones, que hacían vida aparte; uno era señor de una fortaleza y los otros, dos caballeros del Rosellón que pasaban el día entre la lectura contemplativa y la compañía distante de los monjes.

Cuando acababa la mañana, en el ala norte de la iglesia de Sant Pere, la sombra rápida de una capa que desafiaba el calor franqueó una de las puertas del templo. A la altura del transepto, detrás de un contrafuerte, se oyó un gañido de bestezuela en los goznes de hierro y una presencia oscura entró en la sacristía.

El ruido de la puerta resonó dentro de la estancia mal ventilada y, casi al mismo tiempo, un vago hedor a encierro dominó el olor de incienso y de mirra que venía del altar.

La luz que entraba por el ventanuco iluminaba una gran caja de sombra voluminosa. Quien había entrado en la sacristía ajustó la puerta con un gesto lento, como si deseara hacerla callar, y volvió a caminar sigilosamente. Se ocultaba bajo una capa y un sombrero oscuro de ala ancha, y al llegar al mueble, se agachó y sacó una llave de debajo de la caja. Con aquella llave abrió la cerradura. Inmediatamente quedaron a la vista unas cuantas prendas de liturgia. Con una mano huesuda y temblorosa apartó estolas, casullas y túnicas holgadas con orllos bordados y cordones que servían para decir misa y para el recitado de horas canónicas, y hurgó en el fondo de la caja hasta que encontró lo que quería: una bolsa de lino bordado. Instantes después cerró el mueble y, durante unos segundos, se quedó mirando la imagen del crucifijo que colgaba de la pared,

con la bolsa apretada al pecho, como si calibrara interiormente lo que estaba haciendo.

De improviso, se abrió el portillo del presbiterio, dejando paso a un centelleo de luz procedente del altar, y entró un encapuchado.

—Sois un imprudente, Ponç, os dije que entrarais por el huerto. —La que sonaba era una voz de hombre, brusca y grave. La capucha le ocultaba el rostro, sólo se le entreveía el mentón y una sotabarba colgante. Debía de haber estado esperando en la penumbra de la iglesia y arrastraba un tono de indignación—. No podemos arriesgarnos por nada.

—No me ha visto nadie —dijo el clérigo. A contraluz se lo veía cuellicorto, apretado por la sotana negra y abotonada.

—Más os vale, si queréis conservar la cabeza y el cargo.

—Me habéis prometido uno mejor.

—Podéis perderlo todo si no actuais con prudencia, cualquier detalle podría levantar las suspicacias del abad y no os lo perdonaríamos. —Las últimas palabras sonaron como una sentencia—. Guardadla bien —prosiguió el encapuchado. Acababa de abrir una mano blanca y carnosa, y le mostró una llave de la medida de un dedo—, más os valdría perder la vida que extraviarla. —Aún añadió—: Recordad en qué hemos quedado: si sospechan, retiraos; el más pequeño descuido puede hacer fracasar vuestra misión y no podéis equivocaros.

—¿Acaso os he desobedecido alguna vez? —el clérigo Ponç hablaba ahora con voz enronquecida—. Si falla algo, ¿me negaréis vuestra merced?

No se oyó ninguna respuesta. El encapuchado había salido por la puerta que daba al altar mayor. Por un instante, la sacristía se iluminó tenuemente bajo la luz del cirio pascual que ardía al lado del altar y, casi al mismo tiempo, se oyó retumbar un golpe en el exterior del patio, seguido por el grito de alguien que decía «¡Aguantad el banco!».

El abad Berenguer no oyó el alboroto del patio. Suspiró balanceándose en el sitial. Había hecho un esfuerzo pacificador, pero también necesitaba ser un buen estratega.

«Se acerca un año importante y no podemos permitir que

se estropee», se dijo. Era preciso conseguir una tregua que reforzara su mandato; aún confiaba en que los nobles hicieran las paces.

Por un instante entornó los ojos. Quería creer que pronto tendría respuesta del Santo Padre y el conde Hug se avendría a razones.

—Padre Berenguer...

Se volvió al oír la voz del prior Ramon. Esperaba no tener que aguantar ninguna otra mala noticia.

—Hace rato que os he mandado llamar.

Ramon de Mallols había entrado en la sala con un andar agitado y nervioso que le hacía temblar las carnes. Parecía visiblemente irritado.

—Perdonad, he tenido que ir al patio... Estos picapedreros y los esclavos del vizconde son unos ineptos, han roto otro bloque de mármol, como si nos sobraran, ¡y el maestro escultor no hace ni caso! —El prior había fruncido las cejas. Tenía un brillo furibundo en los ojos.

El abad lo escuchó sin inmutarse.

—Tenemos un encargado de obras; es él quien debe ocuparse. —Se llevó la mano a la mollera pulcramente rasurada, que sólo se cubría los días de celebración o cuando iba de viaje.

—Si hemos de administrar esta casa, padre abad, no podemos permitirnos descuidos y, la verdad, creo que os equivocasteis al conceder vuestra confianza al Maestro Peire; al paso que vamos, es probable que no tengamos acabada la portada para el Jubileo... Deberíamos haber encargado la obra a otro maestro.

—Os agrada llevar la contraria —dijo el abad. Estaba delante de un hombre poderoso que provenía de un linaje tan importante como el suyo; era hijo de uno de los caballeros del conde de Empúries y había sido nombrado prior de aquella casa antes de que él fuera abad—. ¡Estoy pensando cómo podré solucionar los problemas que tenemos y vos me venís con estas historias! —prosiguió, endureciendo la expresión—. El Maestro Peire es un escultor extraordinario, sabe trabajar el mármol y conoce el arte antiguo. —Hizo una pausa—. Si esta portada no se acaba, Dios quiera que sí, será por culpa del conde de Empúries.

El prior levantó la mano intempestivamente, con expresión de disgusto.

—Debo preocuparme por los asuntos domésticos de esta casa y mi obligación es deciros lo que no va bien; insisto que...

—¡Basta, Ramon! ¿Queréis que os diga qué debe preocuparnos? —Una expresión de cansancio había invadido el rostro del abad. Se acercó al sitial y se sentó—. Acabo de saber que el conde ha retenido la barca que tenemos en el estanque de Castelló y quiere impedir que los pescadores nos paguen los tributos.

—Toda una declaración de guerra —concluyó el prior—. Estamos entre la espada y la pared; ya os dije que no debíamos aceptar que el vizconde de Peralada sufragara las obras del monasterio.

—Es preciso hacer que el conde entre en razón... —El abad se quedó pensativo, midiendo las consecuencias de sus palabras mientras el prior hacía un gesto de enojo—. Espero que el Santo Padre responda pronto a nuestra petición de ayuda... Lo único que puede hacer recapacitar a Hug de Empúries es la pena de excomunió; es un hombre ambicioso y querrá que lo enterremos en lugar sagrado, en esta casa.

Lo interrumpieron los tres golpecitos de alguien que llamaba a la puerta. Unos pasos delicados precedieron el revoloteo de un hábito y, detrás de ellos, apareció fray Damià, gordo y solemne.

—Pasad —el abad se dirigió a él—, ¿habéis recibido alguna nueva sobre el delegado de Roma? Ya hace dos meses que escribimos la carta al Santo Padre...

—Aún no hemos recibido nada, venerable. —Fray Damià negó con un gesto. El cargo de sacristán le daba derecho a controlar los papeles del monasterio y toda la mensajería.

El abad sofocó un suspiro. Había sido implacable en su petición al papa Alejandro. Le había hecho saber que el monasterio estaba amenazado y pedía un castigo ejemplar para el conde Hug si no cambiaba de actitud.

—Ya estoy cansado de tantas causas judiciales —murmuró con expresión absorta. Las obligaciones del cargo le pesaban demasiado y a veces entraban en contradicción con los principios de la vida benedictina—. Quizás eso detendrá al conde, eso y la ley.

—¿Queréis pleitear aún más contra él? —Al prior se le ensombreció la mirada.

—Decidme qué debo hacer, pues... Haced venir al procurador, Damià —añadió—, demandaremos al conde Hug por la barca y la viña que nos ha usurpado. —El abad hablaba ahora sin un ápice de duda. El conde se comportaba como un perro sin dogal, era despectivo y no había quien lo parara—. Le enviaremos una misiva para que deje de molestar a nuestros súbditos.

El monje sacristán hizo un gesto de disgusto. Tampoco parecía muy convencido de aquella decisión.

—Creo que os equivocáis, venerable —le replicó.

—¿Vos también defendéis al conde Hug?

—Ya sabéis que mi hermano le servía —respondió fray Damià.

—Cuando entramos en esta santa casa hemos de renunciar a la familia, nuestros votos nos obligan —la voz del abad sonó taxativa, aunque sabía que fray Damià se disgustaría—. Nadie quiso matar a vuestro hermano, que en gloria esté... Unos provenimos de Peralada y otros de Empúries, pero eso no debe afectar a nuestra vida de monjes.

Era consciente de que pertenecían a linajes contrarios, pero aquella circunstancia no debía enfrentarlos.

—Recordar es necesario —lo interrumpió fray Ramon.

El abad se incomodó. No podía pasar por alto el hecho de que fray Ramon fuera más antiguo que él en aquella casa; era un hombre inteligente, había demostrado con creces su valía y seguramente habría querido ser abad. Pero los hermanos lo habían escogido a él. Y él había obrado con prudencia, ratificándolo en el cargo de prior y concediéndole privilegios para no tenerlo en contra. Necesitaba a alguien que lo ayudara a cumplir una responsabilidad que le pesaba como un saco de escombros y fray Ramon había demostrado ser un buen gobernador, aunque fuera un hombre de carácter complicado.

—Fray Ramon tiene razón —asintió fray Damià.

—Insisto en mi petición —el prior volvió al asunto que le interesaba—: habría que controlar más a los hombres del Maestro Peire y...

—Hablar poco es una virtud, estimados hermanos, nos evita hablar mal de los demás. —El abad hizo un gesto de despedida con la mano—. Gracias, ya podéis retiraros.

Procuraba actuar con ponderación y no toleraba que hubiera división entre los monjes. Debía velar por todos. Dios quería paz y él también, pero antes había que hacer justicia.

Fray Damià salió primero y, detrás de él, el prior cerró la puerta con un golpe seco. Antes había mirado al abad por el rabillo del ojo con cara malhumorada; quién sabe qué debía de estar pensando.

El abad se quedó solo en la sala capitular. Meditaba qué haría. Cuántos malentendidos; sólo de pensarlo se ponía enfermo.

Fray Gausbert lo interrumpió.

—Padre abad, deberíais probaros el hábito nuevo.

—Dejaos de historias.

Sudaba. Se levantó del sitial y se encaminó hacia la puerta.

A simple vista, desde la altura de los ángeles con trompetas que adornaban las vigas policromadas del techo, la cabeza del abad Berenguer se habría visto como una mancha lisa envuelta por un faralá de cabellos. Llevaba la tonsura tan impecablemente rasurada que desasosegaba, y caminaba inclinado hacia delante, con toda la longitud de su cuerpo delgado, no tanto porque se infligiera mortificaciones ni ayunos, sino por su propia complexión. Pero aquella aureola frágil se desvanecía en momentos como aquél, en que deseaba estar solo.

Capítulo 6

El deseo oculto

El Pájaro estaba encaramado en el campanario. Esperó a que el ayudante, desde la base de la torre, atara el capazo y lo hiciera subir con la polea.

Cuando la carga llegó arriba, la desató.

—¡Falta mortero! —los obreros del andamio le reclamaron material.

Bufó. Había vuelto a ver a Cándia una sola vez, por la festividad de la Santa Creu, acompañando a los vizcondes a misa. Iba bien escoltada y no se habían podido decir nada, pero en más de una ocasión lo había mirado con aquellos ojos de ciruela madura y había sonreído.

—¿Es que no me oyes?

Se apresuró a obedecer. Ya estaban en el tercer piso y pronto acabarían la obra.

El sol quemaba. Levantó la frente sudada y agradeció el viento que soplaba con la furia de la tramontana, que hacía peligrar los andamios. Más de una vez, durante el invierno, habían descendido del campanario agarrados a los barrotes de madera para no caerse.

Pero las alturas no le impresionaban. Caminaba ligero sobre los tablones, teniendo bajo los pies el vacío más absoluto. No pensaba en ningún peligro y se sentía libre colgado sobre la torre. En el andamio inferior trabajaban cinco obreros. Uno de ellos vigilaba que no se enroscaran las maromas de las garru-

chas, ya que, por más que el mozo que estaba en el suelo atara bien el capazo, era fácil perder la carga.

—¡Venga, chaval! —oyó que gritaban de nuevo.

Subía un nuevo cargamento. Mirando abajo vio las cabezas despeinadas de los hombres que colocaban las piedras con paciencia, formando hileras seguidas. Muchos de ellos eran campesinos de la llanura que servían al monasterio; estaban a las órdenes de fray Guillem, el monje obrero, y sólo tenían derecho a una manutención de pan de cebada y de queso.

—¡Ea, vamos, que fray Guillem nos meterá prisa!

Desde el campanario se oía el rumor del patio. Los picapedreros se movían como un solo hombre. Trasladaban los mármoles ayudados por dos caballos sementales, que tiraban de los bancos con la ayuda de sogas, mientras un mozo iba mojando las cuerdas continuamente para evitar que se partieran con la fricción.

Para desplazar aquellos bloques minerales se necesitaba fuerza y concentración. Era fácil perder una pierna, un brazo o, en el peor de los casos, sufrir una muerte terrible, aplastado bajo una piedra.

—¿Qué haces?

Uno de los obreros lo había sorprendido distraído. Ahora intentaban desmoldar el arco de un ventanal y necesitaban ayuda.

El Pájaro no se lo hizo repetir, se movió con rapidez y se puso debajo del arco.

Al cabo de un rato, alguien gritó la hora de terminar y, casi inmediatamente, las campanas comenzaron a repicar, atronadoras.

Al momento, recordó que tenía calor y hambre. Se restregó las manos en los pantalones rasgados y miró abajo, hacia el vacío, desafiando aquella torre vacía que sólo llenaban los andamios, tres pesadas campanas y un arco de piedra que aguantaba las paredes para que el campanario no se inclinara.

No tardó en llegar al suelo y atravesó el patio en dirección a la iglesia, donde las voces rudas de los obreros ya se perdían fuera del recinto. Ahora el patio estaba desierto y las caballerizas tranquilas. Seguro que Aimeric había mal alimentado a los caballos y los asnos con cuatro manojos de hierbas secas, por-

que el prior había restringido la alfalfa con la excusa de que era un mal año. Aquellos animales le gustaban. Cada día los iba a ver y los mimaba un poco, aunque Aimeric lo riñera por malacostumbrarlos.

Entró en la galilea del templo sin hacer ruido. El maestro escultor seguía trabajando en su banco, impasible, y le echó un vistazo rápido, pero no dijo nada. Aquel hombre parecía vivir fuera del mundo; esculpía ajeno al paso de las horas, totalmente concentrado en vaciar el mármol para obtener los volúmenes deseados.

Blai se quedó boquiabierto observando el movimiento de las manos precisas del escultor. Se movían tan seguras y ligeras que, viéndolo trabajar, muy pocos se habrían dado cuenta de que le faltaba la punta de un dedo de la mano izquierda. Era maravilloso ver la exactitud con que pulía los detalles y sabía elegir entre una variedad de herramientas que servían para dar forma a la piedra. Él las había ido conociendo poco a poco, a medida que distinguía un martillo dentado, o martellina, de un trinchante y diferenciaba una barrena de un trépano.

El Maestro Peire estaba acabando una escena magnífica sobre la pesca milagrosa de Jesús y sus apóstoles en el lago Tiberíades y, en aquel momento, horadaba los ojos de las figuras con un taladro atado a un arco de cuerda. El arco descansaba sobre su pecho y, con la mano, el escultor enrollaba y soltaba la cuerda, de manera que la punta del taladro giraba sola, perforando la piedra.

A esta curiosa herramienta la llamaban violín, y el escultor la manejaba como nadie. Cuando hubiera esculpido los ojos de las figuras, fundiría un poco de plomo y marcaría las pupilas.

El Pájaro se fijaba en todo lo que hacía el escultor, porque tenía una idea. Deseaba que algún día se dignara mirarlo y le propusiera aprender el oficio.

Habría preguntado muchas cosas, pero tuvo miedo de molestar al maestro.

Se coló en el interior del templo traspasando la portalada de mármol, que ya lo sobrepasaba en más de un palmo. Estaba a medio esculpir, con dos grandes estatuas de san Pablo y san Pedro que parecían humanas a los lados de la puerta. Una vez más, se le erizó el pelo. Tuvo la sensación de que lo perseguían

las sombras móviles de las columnas y que, allá al fondo, una presencia hostil velaba en la cripta, donde se quedó atrapado una noche.

La cripta descansaba sobre la cueva donde decían que había vivido san Pablo de Narbona. La gente difundía el rumor de que la montaña estaba totalmente perforada por grutas que se comunicaban entre sí a través de túneles profundos y que los monjes lo guardaban en secreto. Miquela le había explicado que debajo del monasterio había un pasadizo tan profundo que una vez entró una muchacha y tardó tanto tiempo en recorrerlo que salió ya vieja. También decía que en el corazón de la montaña se abrían dos caminos. Uno llevaba a un tesoro que los monjes tenían guardado y el otro a la boca del infierno, por eso a veces se oían los lamentos de las almas en pena.

—Eso es lo que oyes por la noche, cuando todo está quieto —le había dicho la mujer de Aimeric.

—¿Qué son almas en pena?

—Quienes mueren en pecado y vagan sin descanso.

Él se sentía un animalito indefenso, separado del mundo y lanzado al misterio de lo oculto e incomprensible.

Se dirigió al altar de la Virgen de la cueva y se santiguó. Aquella Madre de Dios lo tranquilizaba. Tenía un niño Jesús en la falda, y lo miraba con unos ojos grandes y negros como el carbón. Cuando la veía le sobrevénía una paz dulce, como la que alguna vez le había inspirado en sueños su madre.

Palpó la bolsita con el regalo de Càndia, que llevaba colgada al cuello, como un amuleto, y caminó en dirección al altar mayor. Quería llegar hasta el reconditorio de las reliquias, una cavidad protegida por una reja que contenía una arqueta.

Sabía perfectamente qué había debajo del mantel que envolvía la arqueta. Había visto el hatillo de lino que ocultaba un dedo incorrupto, momificado y seco, de santa María Magdalena, una ampolla con sangre de Cristo y otra con óleos santos, astillas de la Vera Cruz y un relicario que contenía el tesoro más venerado por los peregrinos: la cabeza y el brazo derecho del apóstol Pedro.

La puerta de la celosía estaba abierta y entró en el presbiterio. Mientras subía los escalones del altar mayor, oyó un ruido

apagado y retrocedió. Debía de ser algún monje. Si lo veían, cobraría, y tendría que inventarse una excusa.

La llama del cirio pascual que se reflejaba sobre el mantel del altar le infundió respeto. Escuchó, inmóvil. Le pareció ver el relámpago producido por una sombra al pasar por delante de la puerta de la sacristía y se pegó a la pared mientras la angustia le helaba la sangre.

Estuvo a punto de salir corriendo, pero una mezcla de orgullo y de vergüenza lo retuvo. «¿Serás tan cobarde de huir? ¿Acaso no ves que no hay nadie?»

Recordó la explicación que Sebastià daba de los ruidos que se oían de noche: «Lo que oyes es el reflujo del mar, entra por las cuevas y resuena dentro de la montaña». Caminó hasta el reconditorio y se estiró sobre la reja que cubría la abertura. Allí dentro había monedas que los peregrinos ofrecían cuando iban a venerar las reliquias.

Con un poco de suerte podría conseguir alguna. Se sacó un cordel de los pantalones y lo ató a una vara de hierro que servía para arrancar la cera que dejaban las velas; fregó la vara insistentemente y la lanzó dentro para ver qué pescaba.

Al cabo de un rato Sebastià lo vio llegar al hospital, con la mano agarrada a los pantalones.

—¿De dónde vienes, perdulario?

—Me he entretenido en el patio. —No buscó ninguna excusa, sabía que le adivinaría la mentira. Tampoco hizo caso del tono severo de su tutor, lo conocía demasiado bien para saber que el enojo no duraría demasiado.

—¿Qué ocultas? Venga, enséñame.

Le registró los bolsillos y encontró tres monedas condales. Él se dejó registrar sin mover un dedo, consciente de que si no recibiría.

—Son para... quiero comprar un presente para ella —dijo en voz baja, con la cabeza gacha.

—Ya me la esperaba, ésta... ¿Y quién es la muchacha que te hace perder el juicio, si se puede saber?

—La hija del Maestro Peire.

—No es preciso que me expliques nada más. Devuelve las monedas a su sitio, ¿oyes? Y quítate de la cabeza a esa muchacha, créeme.

Capítulo 7

Sebastià

Fuera del patio, Sebastià desempolvó una capa vieja y miserable con golpes fuertes que le marcaban los músculos de los brazos.

—¡Traedme la capa y el zurrón! —ordenó al peregrino que acababa de llegar.

El recién llegado obedeció a aquel hombre de complexión fuerte y rostro duro que lo escudriñaba con ojos tensos y agudos, como si supiera que no podía enfrentarse a él o tendría las de perder.

Sebastià resopló, y un mechón de cabello del color de las borlas de los castaños, ni claro ni oscuro, le cayó sobre las sienes. A los cuarenta y cinco años tenía la gran barba salpicada de pelos blancos.

—¡Pues no lleva roña esta ropa!

Se acercaba la Virgen de agosto y el hospital se iba llenando de devotos. El peregrino que acababa de llegar era desdentado, de aspecto envejecido, y lo escuchaba en silencio, como si adivinara que más valía no protestar. Aquello era el hospital de un monasterio y no un hostal; allí tendría cama gratis y un plato de sopa caliente, hasta que hubiera recibido las indulgencias.

Después de desempolvar la capa, Sebastià la dejó sobre un poyo, se secó las manos en la camisa y fue hasta las caballerizas arrastrando ligeramente la pierna. Ya estaba acostumbrado a renquear; en resumidas cuentas, el único mal que le impor-

tunaba era el dolor de aquella maldita cicatriz en la rodilla derecha cada vez que cambiaba el tiempo. Pero aquella herida pertenecía a un pasado antiguo, lleno de recovecos de sombras y de sufrimientos secretos que él nunca explicaba.

Cogió un sayal* que se secaba sobre un pajar y se lo dio al peregrino:

—¡Cambiaos, que parecéis un porquerizo!

—¡Dios os lo pague con buen carácter! —le espetó el hombre haciendo un gesto de ofendido.

—¡Lavaos o nos contagiareis a todos! —gritó. Aquel piojoso iba sucio como un palo de gallinaceo y encima era lengua larga, así lo partiera un rayo.

Hacía más de diez años que atendía a los visitantes del monasterio y se encontraba con gentes de toda clase. Venían sanos o enfermos a cumplir alguna promesa o a hacer penitencia. Peregrinaban en grupo, hombres y mujeres. Éstas solían viajar acompañadas de su marido o de familiares para protegerse de los peligros del camino y se quedaban a dormir en el hostel del pueblo de Santa Creu.

En el hospital sólo recibían hombres. La mayoría eran campesinos, gente de clase baja. Cuando llegaban señores nobles que hacían correr los mancosos de oro, los monjes los agasajaban y los dejaban dormir en el monasterio. Pero él no veía nunca aquel oro, como máximo los peregrinos le pagaban la voluntad con alguna moneda condal y se guardaban los sueldos para las confesiones.

El hospital era un nido de sorpresas y los peregrinos también. Los había ariscos y los había glotones que, si los hubieran dejado, habrían cometido abusos.

No obstante, los compadecía. Muchos de ellos huían de la miseria, pensando que viajaban bajo la protección de la Pax Dei de la Iglesia y que tenían garantizada la solidaridad de la gente y el respeto de los señores, pero por el camino padecían penalidades. Los atacaban los osos y los lobos al pasar los Pirineos, y los asaltaban los bandidos. Al final, llegaban medio muertos y extenuados, y aún hacían la ascensión descalzos, con cilicios, argollas y cadenas de hierro, arrastrando pesadas cruces o flagelándose el cuerpo para purificarse. Y todo porque habían recaído en las miserias del pecado.

Aquella noche lo había despertado la cara de espanto de un peregrino.

—Tenéis que venir, hay uno que está muy afiebrado.

Bajo la temblorosa claridad de la lámpara de aceite que colgaba de la pared, Sebastià se levantó de prisa. Se le cerraban los ojos, de tanto sueño que tenía, pero debía de ser un asunto grave.

Encendió una vela antes de entrar en la celda común donde dormían los peregrinos y aquel cuarto oscuro como una garganta de lobo se iluminó.

En uno de los jergones descansaba el campesino que había llegado la tarde anterior, piel y huesos.

—Ha ido descalzo todo el camino, apenas comía y dormía al raso, por eso debe de haberse enfermado —murmuró el hombre que había ido a avisarle.

Vio el rostro contraído del peregrino con quien se había enfrentado aquel día; le tocó la frente con la mano: ardía.

—Sólo faltaría que fuera una infección —dudó. Si era una enfermedad contagiosa, más valía llevarlo a la enfermería del Coll de Perer, donde se alojaban los apestados.

—¿Quiere decir que es grave?

—No lo sé.

Sebastià había recogido a más de un penitente moribundo. Le impresionaba la devoción de algunos caminantes, que desafiaban la cordura con promesas prácticamente imposibles de cumplir.

Auscultó el pecho del enfermo.

—El corazón le late con normalidad... De momento, le daremos agua de borrajas para hacerle bajar la fiebre.

Le administró el remedio y volvió al dormitorio a esperar el alba.

Pero por la mañana el enfermo había empeorado; la fiebre no había disminuido y deliraba.

—Hemos pasado toda la noche en blanco —dijo el peregrino que le había avisado durante la noche.

Sebastià llamó al Pájaro.

—Ve a avisar a fray Bernat; y no es preciso que vuelvas, vete directamente a trabajar.

Lo vio salir del hospital. Su ahijado había crecido. El abad se lo había encomendado cuando era un niño. «Queremos que os

hagáis cargo de él, es hijo de Norbert», había dicho. Vaya chaval; tenía las mejillas rosadas y los ojos de gato. Y él lo había criado a cambio de cuatro medidas de legumbres y un sueldo de plata.

Fray Bernat llegó poco después, arrastrando los pies. Aquel monje menudo, de rostro bonachón, conocía gran cantidad de fórmulas magistrales, que preparaba con las plantas del jardín de la abadía. No negaba la asistencia a nadie y los campesinos lo tenían en gran estima, porque les daba remedios. Ahora tenía a su cargo la portería, pero aún se ocupaba del hospital.

—Dejadme ver qué tiene. —Examinó con detenimiento las córneas rojas del enfermo, le apartó las barbas de la cara, y palpó el pecho—. Sí que sois barbudo, buen hombre —exclamó. Y vaticinó en voz baja—: Temo que sean cuartanas...

Era el mal más temido por todos. Lo contagiaban los mosquitos de las aguas pantanosas y provocaba fiebres altas, que se reavivaban al tercer o cuarto día.

—¿Habéis pasado por las marismas? —El peregrino parecía no haber oído y fray Bernat levantó la voz—: ¿Habéis venido por las marismas, sí o no?

El hombre pronunció un sí apagado.

Poco después Sebastià acompañó al monje hasta la enfermería.

—Esto no me gusta nada —dijo el benedictino—, debía de incubar la enfermedad y ahí tenéis.

—No es el primero que nos llega afiebrado; ¿recordáis al hombre que subió de rodillas arrastrando cadenas de hierro?

El viejo monje se pasó la mano por la sesera con aire de resignación. Nunca había visto unas rodillas tan descarnadas. A veces se veía obligado a persuadir a los peregrinos que se mortificaban para que abandonaran la subida imposible y aceptaran las prácticas de piedad y de oración.

—De momento, más vale que tome jarabe de poleo y tomillo caliente.

Abrió el arca de las medicinas, pasando la mano temblorosa por una profusión de bacías de aceite y de jarras que contenían los remedios, entre los cuales nunca faltaba el hipocrás y los colutorios y diuréticos, que obtenía con hierbas del jardín o con lo que compraba en el mercado. Con eso preparaba las curas.

—Si en dos días no mejora, llamaremos al médico... Roguemos a Dios para que no sea contagioso.

Sebastià asintió. Alguna vez, cuando ya no sabían qué hacer, llamaban a un médico judío de Peralada que atendía a los monjes.

—Esperémoslo.

Habían establecido que los peregrinos no se quedaran más de tres días en el hospital, de esta manera evitaban abusos; pero si alguien enfermaba o llegaba herido, hacían una excepción.

—Vuelvo a la portería —dijo fray Bernat sin presentir que aquella noche dormiría poco.

Sebastià vio marcharse a aquel monje de aspecto sencillo, que raras veces levantaba la voz pero imponía autoridad.

Entrevió por el ojo de la ventana la blancura de las nubes y respiró tranquilo.

Hacía más de quince años que vivía en el hospital. En aquella comarca no había nada que hacer, aparte de servir al señor conde, y, a los catorce años, ya había abandonado el hogar paterno: un alodio* que consistía en una casa de labranza y unas cuantas besanas de tierra que la familia tenía en propiedad, a cambio de pagar los tributos de centeno, cebada y vino al señor de Empúries. El conde los estrujaba con los impuestos, y no podían vender ni un palmo de tierra sin su permiso. Él era el pequeño de siete hermanos; por eso se había ido a servir en las milicias emporitanas y, al cabo de poco, montaba guardia en el castillo de Sant Salvador. Había aprendido el arte de la guerra y el manejo hábil de la lanza y la espada, hasta que fue investido caballero.

Años más tarde, había viajado a Jerusalén acompañando a los peregrinos y hombres de armas que iban a conquistar los santos lugares. Allí probó la cara amarga de la guerra y una lanza endemoniada le partió la rodilla.

Si Dios quería, nadie sabría jamás qué había pasado en aquel viaje al infierno. De vuelta a casa, se había retirado a vivir en una cueva cercana al monasterio, y no salió de allí hasta que el abad lo llamó para que ayudara a fray Bernat en el hospital.

Finalmente se había refugiado tras los muros del monasterio y se consideraba uno más entre todos aquellos peregrinos

que buscaban protección, como si intuyera que él mismo ya iba hacia el ocaso de su vida, medio abandonado a la fe que había resurgido de las cenizas de su corazón. Admiraba aquel lugar de devoción y fortaleza, a partes iguales, para su consuelo. Lo admiraba a pesar de la mezquindad que veía en los hombres que allí vivían, y en sí mismo. Y silenciaba deseos no confesados, como el que sentía por la molinera de Balascó, una joven viuda que se hacía respetar.